



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 14. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 10 Abril 1875. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXV.

SUMARIO

Explicación de los grabados, por Joaquina Balmaseda. — Túnica de primavera. — Túnica de cachemir, guarnecida con plegados de otra tela. — Cuello y corbata de muselina, cinta y encaje. — Delantal con bielles y fleco. — Delantal con encaje. — Lazo con flores para el peinado. — Lazo con flores. — Cinturón con limosnera de cinta y flores. — Estuche en forma de huevo. — Caja para guantes, mosaico de maderas. — Cenefas de tapicería. — Cenefa bordada en paño. — Puntillas y entredós de crochet. — Cenefa de aplicación. — Antimacassar de trencilla y crochet. — Estuche de costura. — Estuche para bolsillo. — Plumero con mango bordado. — Ca-

nastilla para los cubiertos. — Pouf en forma de caja. — Dos distintos flecos. — LITERATURA: Un saludo á la patria, por Emilia Calé y Torres de Quintero. — Torna, primavera, torna, poesía, por A. G. Lavín. — Cansarse en vano, poesía, por Aurora lista de Milbart. — La flor del Castellar, por María del Pilar Sinués de Marco. — De Madrid á Lisboa, por Nicolás Díaz y Perez. — Un elijan conyugal, por Salvador María de Fábregues. — Conversaciones con las damas, por la Condesa de Valflores. — Variedades. — Explicación del figurín.

Deseos siempre de corresponder al inmenso favor que nos dispensa el público, vamos de hoy en adelante á enaltecer las páginas de EL CORREO con la firma de dos notabilísimas escritoras, encargadas de amenizar su lectura con revistas especiales, que ellas solas saben escribir en España con una gracia verdaderamente encantadora.

Estas revistas se titularán *Cos del mundo* y *Conversaciones con las damas*; las primeras debidas á la eminente poetisa Doña María del Pilar Sinués de Marco, tan querida y admirada de nuestras suscriptoras, y las segundas á la condesa de Valflores, dama muy principal, que hace poco tiempo pisa la arena literaria, y por su elegancia y distinción es sumamente idónea para esta clase de trabajos.

También contamos con la cooperación de la espiritual Fanny Warrior, siempre que sus muchas ocupaciones la permitan consagrar algunos instantes á las inteligentes lectoras del CORREO.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1. ESTUCHE EN FORMA DE HUEVO.

Esta pequeña caja puede utilizarse para distintas cosas: para estuche de agujas ó alfileres, botones, alhajas ó anises, si se destina de regalo á un niño; el carton va cubierto de lana céfiro blanca, sostenidos los diferentes cachos por tres entrelazados de cinta, rematando en los extremos con otro lazo que reúne las puntas. Cada uno de los entrelazados remata en un lazo en distinto sitio. (Véase el dibujo).



1. Estuche en forma de huevo.

2. CUELLO Y CORBATA.

Así el cuello como las puntas de la corbata, son de encaje irlandés colocado sobre cinta azul ó rosa. Una doble gola de muselina completa el cuello.



2. Cuello y corbata.

3 Y 4. TÚNICA DE CACHEMIR.

(Patron: en números anteriores).

Esta túnica tiene 116 cents. de largo por delante y 176 por detrás, con 280 de vuelo por abajo: el costadillo tiene 42 cents. de largo más que el delantero, frunciendo en la parte de arriba de la costura



3. Túnica de cachemir. (Véase el núm. 4).

la desigualdad que resulta, y en esta misma costura se coloca un doble rizado de la misma tela, que figura un bolsillo. Los delanteros de la túnica van abotonados en todo su largo, después de adornados con un biés ó vuelta de faya del mismo color, orillada de raso ó de otro tono, teniendo cada una de estas vueltas 10 cents. de ancho, y dando la vuelta al escote mucho más ancha, continuándose en dos puntas ó caídas por detrás, que después de sujetarse con dos botones en el talle, bajan á sostener el pouf: estas caídas miden desde el escote 120 cents. de largo por 16 de ancho por abajo. El borde inferior de la túnica lleva un plegado de la tela misma del adorno, de 8 cents. de ancho, repitiéndose doble en la manga, con vuelta y lazo de faya. Cuello alto ondeado de faya y gola-chorrera de muselina. Cinturón de pasamanería con cadena de cuentas y lazo.

5 Á 7. PUNTILLAS Y ENTREDÓS DE CROCHET.

5. *Puntilla de crochet y trencilla.* — 6 barras dobles en 6 picos de la trencilla que hacen un feston grande, y luego en la primera de esas dobles barras una barra triple, 6 pts. de cadeneta, un doble en el pico más inmediato de la trencilla, 6 de cadeneta, y se vuelve á la señal *. El dibujo explica claramente cómo termina la puntilla por abajo con una hilera de picots y por arriba con una cadeneta y barras distribuidas sobre las otras.

6. *Puntilla de crochet de horquilla.* — Hácese primero mucho crochet de horquilla, y se ejecuta en una sola vuelta la reunión de presillas que forman la onda, la cuádruple hoja y el borde superior en esta forma. Principiase por * un pto. doble en cuatro presillas, hasta contar 16, siguen 13 de cadeneta y un doble en las presillas 17 y 18; ejecútanse entonces las dos primeras hojas de las cuatro, teniendo cada una 3 ptos. de cadeneta y en el primero de ellos 2 barras; para llegar al centro del feston superior se hacen 7

puntos dobles sobre la misma cadeneta, ejecutando entonces la cadeneta larga que sujeta el centro de las hojas, y cuatro presillas entre onda y onda, se vuelve á la señal *, y para mayor facilidad podría hacerse solo en una vuelta los centros de las ondas, y en otra la cadeneta superior. El dibujo muestra claramente el feston que termina las ondas por abajo.

7. *Entredós de crochet.* — El centro va formado por las mismas hojas cuádruples que figuran en la puntilla anterior, solo que aquí alternan con una cruz sencilla de cadeneta, uniéndose al mismo tiempo á las orillas de la cinta de encaje irlandés. El centro se ejecuta en dos vueltas de este modo: * una barra, 6 pts. de cadeneta, una barra y dos hojitas, y se vuelve á la señal *; en la segunda vuelta se repite lo mismo, haciendo la unión donde corresponde. La orilla exterior de cada cinta se ejecuta con 2 puntos de cadeneta, una bar., un pto. de cadeneta y una bar., repitiendo esto mismo.

8 Y 24. CANASTILLA PARA LOS CUBIERTOS.

Esta cesta, de un uso muy práctico para servir á la mesa, es de mimbres y tiene 20 cents. de altura por 62 y 41 de circunferencia respectivamente de



4. Túnica de cachemir. (Véase el núm. 3).

arriba y de abajo. Un forro de hule gris con el fondo suelto para poder sacarle y lavarle siempre que sea necesario, preserva los cubiertos de todo percance, y permite poner la mesa sin estrépito. Adorna la canastilla una cenefa de paño que va presentada en el núm. 8, y que se borda con aplicacion de otro color y lanas; un triple feston picado á ondas, el del centro igual á la flor aplicada, termina la cenefa.

9 Y 10. DELANTALES.

El primero de gros negro, va adornado de ocho bieses de raso de un centímetro, terminando por abajo la cenefa con un fleco y por arriba con una hilera de picos de terciopelo orillado de pasamanería con azabache. Otros más pequeños rematados por borlas, forman la cartera del bolsillo.

El segundo es de faya negra con vivos de tela cruda en las costuras y encaje crudo todo alrededor, sujeto por un biés crudo cosido con negro.

11 Á 13. ADORNOS PARA UN TRAJE DE BAILE.

Pueden hacerse distintas combinaciones variando la cinta ó los flores, siendo muy apropiado para este objeto las menudas, como eglantinas, enredaderas, miosotis, etcétera. El cinturón y la limosneta van enlazados, y después de formar el primero y cerrarle con lazo y flores, se miden dos cabos de cinta, cada uno de 68 centímetros, y se unen de una punta juntando la cinta sobre la limosneta y adornándola de flores. Los lazos de la cabeza y pecho van adornados de flores semejantes.

14. CAJA PARA GUANTES.

Mosaico de maderas.

La cubierta de esta caja va adornada de un mosaico de maderas y en el centro un escudo bordado.

La caja tiene 26 cents. de largo por 12 de ancho y se hace de carton, forrándola por dentro de papel moiré blanco y por fuera de papel de terciopelo color de madera: el mosaico se ejecuta aparte, sobre un carton que se fija después con cola á la cubierta, y después de colocar en el centro un óvalo de paño verde con la cifra bordada con negro ó con oro, se va cubriendo todo el carton con las frutas y hojas de madera por el sistema ya explicado para esta clase de labores. Alrededor lleva una tira de papel de terciopelo igual al que cubre el resto de la caja.

15 Y 16. CENEFAS DE TAPICERÍA.

Estos modelos pueden servir para almohadones, y bordarse á punto comun cruzado con tres tonos de un mismo color. La diferencia que existe entre ambos modelos, es que mientras las estrellas del núm. 15 se continúan en todas direcciones, los arabescos del 16 deben colocarse de modo que se reúnan encontrados en los ángulos. También pueden bordarse á cruz prolongada, esto es, dos puntos por largo y uno por ancho.

17. CENEFAS DE APLICACION Y BORDADO.

Esta preciosa cenefa que damos de tamaño natural no necesita ninguna explicacion, dependiendo únicamente del buen gusto de la persona que la borde, armonizando bien los colores.

18 Á 20. ESTUCHE PARA LA COSTURA.

El modelo 18 es de tela de crin á rayas blancas y negras, y mide 7 cents. de altura por 14 de largo, teniendo la cartera que vuelve 3 cents. de altura. Está forrado con cuero americano gris con fuelles del mismo cuero á los lados, cuya pegadura se oculta con la cenefa que le adorna todo alrededor. El bordado consiste en aplicaciones de seda de varios colores sujetos con un bordado ligero. El modelo 19 es de tafete encarnado, y lleva en el centro un medallón bordado al pasado con cerco bordado á punto de fantasía.

21. PLUMERO CON MANGO BORDADO.

El plumero consiste en un ala de oca (la derecha, porque es más fácil de manejar). Se rodea su extremo inferior con dos plegados de tafetan gris, puestos pié con pié, y en medio de estos una tira de paño encarnado, picada y bordada con estrellas de seda plata y amarilla. Una presilla de cinta de tafetan sirve para suspender el plumero.

22 Á 24. ANTIMACASAR DE TRENCILLA Y CROCHET.

Nada tenemos que decir sobre este lindo antimacasar (que puede utilizarse también para colcha y edredón) á

nuestras hábiles lectoras. Las estrellas 23 y 24, de tamaño natural, muestran claramente su ejecucion.

25. CANASTILLA PARA LOS CUBIERTOS.

Es de junco ordinario trenzado, de 20 cents. de altura por 62 y 41 de circunferencia de arriba y de abajo. Está forrada de hule, y abajo tiene un fondo movable que se quita para limpiarlo, también forrado de hule. El hule al par que preserva los cubiertos, amortigua su ruido al tiempo de moverlos para ponerlos en la mesa. Por fuera la canastilla está adornada de lambrequines. El número 8 da su modelo. Estos lambrequines pueden ser de paño, piel ó cuentas. El núm. 8 es de paño de dos tonos con una aplicacion en el centro de raso de tono más claro, sujeta con puntos largos hechos con oro y seda del color del fondo. Termina con un triple borde picado en ondas: esto es, un borde oscuro entre dos claros, y el tercero adornado de cuentas. Este lindo y útil objeto es un regalo muy propio para ofrecerse á un ama de casa.

26 Y 27. FLECOS ANUDADOS.

No son más que variantes de la preciosa serie de flecos que venimos dando en EL CORREO, remitiendo á nuestras lectoras á las explicaciones que respecto á esta clase de labor hemos repetido tantas veces.

28. POUF EN FORMA DE CAJA.

Materiales: Una tira de raso negro de 24 cents. de ancho por 124 de largo, retales de raso granate, encarnado rubí y verde, tafetan blanco, rosa y azul pálido, cordoncillo de seda negro, blanco, lila, rosa, azul pálido, verde, rubí y amarillo.

La base del pouf consiste en una caja de madera que mide 58 cents. de largo por 38 de ancho. La mitad más pequeña de la altura del pouf forma la tapa movable. Por dentro se forra de papel moiré ó satinado, cuero ó reps de lana del color de uno que se haya empleado en el bordado. Por fuera está cubierto de raso negro *capitoné* con botoncitos encarnado rubí. Para la cenefa del centro puede utilizarse la que representa el núm. 17. El medallón que se halla en el centro de este es de raso rubí con cerco de raso azul; en medio del medallón hay un motivo de tafetan blanco sujeto á cadeneta y punto de perfil. Cada uno de sus extremos lleva aplicaciones de tafetan granate. El follaje va realizado con aplicaciones de tafetan rosa y raso verde. Las aplicaciones azules se fijan con puntos cruzados blancos, circuidos de puntos rosa y verde. Sobre la misma aplicacion azul se bordan puntos amarillos. La aplicacion blanca se borda con negro, encarnado y verde, circuyéndola de negro y azul pálido.

Los arabescos sobre fondo encarnado se bordan con amarillo, verde y negro, mientras que los dos motivos que terminan el medallón, se bordan con rosa, verde y lila con cerco de azul pálido y rubí sobre fondo granate.

Los otros detalles sobre el fondo negro varían entre encarnado, verde, amarillo, azul y lila.

Este bordado oriental produce un efecto verdaderamente espléndido.

Este precioso pouf, que recuerda por su forma los antiguos cofres, puede adornar el cuarto de tocador ó la habitacion en donde se suele estar continuamente, pues está destinado á contener las labores ó los objetos que se desee tener á mano.

JOAQUINA BALMASEDA.



SALUDO Á LA PATRIA.

Bellos son estos árboles y estas flores; pero no son los árboles y flores de mi patria.

LAMENAI.

Galicia, yo te envío mi saludo. Las brisas de tu cántaro mar mecieron mi cuna, y bajo tu hermoso cielo se desenvolvieron mis primeras inspiraciones.

Te amé cuando niña, te admiré más tarde cuando comprendí tus bellezas para cantarte con la sencilla poesía del corazón, y hoy, que miro esas horas felices perdidas en mi pasado, adoro cuanto de ti emana: por eso adoro tu nombre.

Tú me enseñaste á sentir; tú á comprender las maravillas del Creador; hermoso rincón de la tierra, tú encierras el germen del sentimiento y de la adoración del alma.

A la vista de tu risueña campiña, adornada con las galas de la primavera, plácida estación de las flores; en esas tardes estivales, en que después de mitigar sus ardores el astro rey de la naturaleza, muestra al hombre los efectos de su beneficencia; al contemplar la verde alfombra que tapiza esos campos; al aspirar el fragante céfiro que aromatiza sus flores; al escuchar el tranquilo y acompasado murmullo del arroyuelo, al par del amante concierto de las aves, mi corazón respiraba poesía porque la hallaba en el expresivo lenguaje de tus campos pintorescos.

Hermosa en tus deliciosos otoños, cuando la vegetación va á dar un adiós á sus floridos goces; melancólica en tus nebulosas tardes del invierno, siempre veía el alma en esa magnífica perspectiva de tus estaciones, una copia fiel del cuadro de la humana vida.

Yo te he cantado en esas noches apacibles en que tu diáfano cielo te servía de espléndido pabellón; yo te he admirado en otras borrascosas, que parecías cobijada por el fúnebre crepón de un cielo enlutado.

En la dulce tranquilidad de tus mares, cuando se dilatan en su superficie los brillantes destellos del sol, riegan en su límpida gasa los multiplicados diamantes que forma la argentada luna, ó se alzan con imponente furor sus blancas montañas de espuma, mi fantasía halló motivo para dedicarte un acento.

Yo adoro, amada Galicia, tu historia, tus tradiciones, tus recuerdos.

Yo admiré con orgullo el muro donde la valerosa María Pita alcanzó un nombre que con justicia conservará la historia coruñesa. Me postré llena del más grande recogimiento en tu suntuosa basílica compostelana, morada digna del Apóstol que guarda, y en donde multitud de peregrinos depositan las lágrimas de penitencia ó la oración del espíritu cristiano. Consagré un recuerdo de patriótico entusiasmo en la ciudad de Helenes al nombre del Padre Sarmiento, unido al que me inspiraban los Nodales y Charinos. En la fecunda Vigo, murmuré una ferviente plegaria á la memoria de los héroes de San Payo. Saludé con placer la patria del célebre padre Feijóo, la bella ciudad que baña el Sil, y oré poseída de mística unción en tu santa catedral lucense, ante aquel Sacramento, en cuyo culto de constante adoración se acredita el triunfo de la fe, que tan entera conservas.

¡Cómo no amarte, patria mía, si tu historia está llena de páginas las más bellas y radiosas!

Volveré á verte un día: tu vista renovará en mí el recuerdo de esos momentos de inolvidable dicha que han prestado al alma su luminoso encanto al gozarlos, y en mis memorias tristes, tú serás también el bálsamo del consuelo cuando mi corazón se inunde en ese rocío que, vertido en nuestros dolores, llamamos llanto.

¡La patria! es el nombre bendito que repetimos con ternura cuando suspiramos lejos de ella. Preguntad al que de niño abandonó sus lares si puede expresar el contento que experimenta cuando hombre vuelve á divisar el cielo de su país natal. Recuerda con los años de su infancia el templo donde al lado de su madre elevó sus tiernas oraciones al Dios de los creyentes; el santo lugar donde sobre la sepultura de sus mayores veía colocar como ofrenda del corazón las puras flores regadas con las lágrimas del amor; el colegio en donde descorriendo el velo de la ignorancia, divisaba el horizonte claro del porvenir.

En los compañeros de sus juegos infantiles halla esa realidad dulce, duradera, que halaga las horas de la vida, endulza nuestras penas, recoge nuestro llanto, llora en nuestro sepulcro, y es, en fin, en todos los momentos el divino destello que ilumina las diversas fases del turbulento mar de la vida: la santa amistad de la niñez.

En la patria encuentra el triste bardo el punto de sus imaginadas glorias. Al caminar en vano tras los delirios efímeros que embellecen la senda de su vida; al correr por el anchuroso espacio del mundo en pos de una corona de laurel que ceñir á su frente, sin ver nunca una sola hoja que por caso desprendida vaya á ornar sus sienas, vuelve al seno de su patria y arranca de su lira un saludo que al grabarlo en su cielo le da un imperecedero renombre.

¡Feliz el que exhala su último suspiro en la patria!

¡Más feliz aun el que muere por ella, mereciendo la aureola de los poetas de la Biblia y de la Fábula, que ensalzaban á la par la honra del sacrificio por los patrios hogares!

EIMILIA CALÉ Y TORRES DE QUINTERO.

Madrid 1874.

TORNA, PRIMAVERA, TORNA.

Aun siguen del invierno
Las ráfagas violentas,
Con ruidos inarmónicos

Meciéndose en la selva;
Aun véñse de los montes
Las empinadas crestas,
En sudarios espléndidos
De blanca nieve envueltas.
Nubes hoscas, deformes,
Preñadas de tormentas,
En escuadron cerrado
Al horizonte trepan:
El cielo se encapota;
El móvil mar se encrespa;
Y, trémula de espanto,
Gemir se oye á la tierra.

Ya el cárdeno relámpago
Por el cémit serpea,
Y el trueno terrorífico
De polo á polo rueda;
Ya las alturas abren
Sus cataratas densas,
Y el fértil valle á poco
En un lago se trueca.

Mas ¡ay! mirad las aguas
Con la nieve revueltas,
Rodar desde la cumbre,
Cual mar que se despeña.

¡Ay! labrador cuitado,
Llora tu suerte adversa!...
¿Qué fué de tus sudores?
¿Qué se hizo tu riqueza?

Acaso en breves días
Del hambre y la miseria
Los pálidos espectros
Llaman, ¡ay! á tu puerta.

¡Con tus estragos pasa,
Pasa, estacion funesta;
Que á mí me place solo
La alegre Primavera!

Me placen, sí, sus áuras
Juguetonas, ligeras;
El manto de colores
Que se viste la tierra;

La alfombra de esmeralda
Donde el riachuelo juega,
Salpicar do de aljófares
Sus márgenes risueñas.

¡Torne, torne su imperio
De flores y de esencias,
Al amante propicio,
Benéfico á las bellas;

Que el amor á su influjo
Nace en las almas tiernas,
Como en el árbol la hoja
Y en el prado la yerba!

Y á mí reclamo entonces
La cándida Marcela
Del bosque en las entrañas
Recónditas penetra!

Allí, ornadas las frentes
De plácidas violetas,
Llevamos de la dicha
La copa al labio llena.

¡Qué pláticas tan dulces!
¡Cuánta caricia férvida
En mis amantes brazos,
¡Cómo olvida la aldea!

Torna, estacion de flores,
Galana Primavera...
¡Felices esos climas
En que constante reinas!

A. G. LAVIN.

CANSARSE EN VANO.

—¿Qué busca por el valle
la peregrina
En llanto humedecida
la linda faz?

—Salutífera planta,
flor milagrosa
Busco, que el alma enferma
pueda sanar.

—¿Cuál es la flor que busca
la peregrina?
Sus señas y colores
no me dirá?

—Solo sé que es hermosa
como ninguna,
Toda aroma, y se llama
Felicidad.

—No busque por el valle
la peregrina,
Que entre zarzas y abrojos
su flor no está:
Tras las fúlgidas nubes
de azur y grana,
Camino de los cielos,
la encontrará.

AURORA LISTA DE MILBART.

LA FLOR DEL CASTELLAR.

(Tradición).

I.

Las campiñas más fértiles de nuestra hermosa España son sin duda las de Aragon: esto, sin embargo, no quiere decir que sean las más bellas, pues ni pueden igualarse á los encantados cármenes de Andalucía, ni á los brillantes jardines de Valencia; pero sus inmensos bosques de pinos, sus espesos olivares, sus pomposas viñas, les dan un aspecto de riqueza y de vigorosa vegetacion que reanima el alma más abatida, y alegra el corazón más triste.

Por una parte se ve el Moncayo, con su cabeza cubierta de nieve y sus mantos esmaltados de flores; pues el risueño anciano no cambia jamás sus vestidos bordados por las manos de la naturaleza: hácese además una corona con los rayos del sol, y rie á los pastores del llano y á los campesinos de la sierra, que les saludan de lejos con tanto amor como veneracion.

Una infinidad de pueblecillos se asienta en las praderas que hay á la falda del monte; pero el más risueño es el de Santa Cruz de Tobar, que se halla muy cerca del venerado santuario de la Virgen de Misericordia.

Halagada por los céfiros, que tienen sus moradas en las quebraduras del monte, se alza la capital de Aragon, Zaragoza, la triste y altiva señora, cuyo seno fué un tiempo la corte de Pedro el del Puñal; guárdala el Moncayo á la izquierda; apoya su robusta espalda en el suntuoso castillo de la Aljaferia, y sirvele de atalaya á la derecha el sombrío y elevado Castellar.

El Castellar no es un monte verde y hermoso como el Moncayo: sus peladas crestas son terrizas y amarillentas, y solo han podido producir algun pino solitario, ó alguna enorme zarza colmada de amargo fruto; hoy le habitan pastores, pero en el tiempo de las guerras feudales, y durante el reinado de D. Pedro I, sus anchas grutas sirvieron de abrigo á los nobles perseguidos por la justicia del rey ó por las iras de sus enemigos, y no pocas veces de guarida de bandidos y salteadores, pues ya se sabe que el fruto de las guerras es casi siempre la reproduccion de esas hordas, que viven durante las conmociones de un reino, y desaparecen con la paz, como si las hubiese tragado el infierno.

Dejemos al Moncayo con su vestido de flores y su corona de sol, protegido por la Virgen de Misericordia, cuya ermita se eleva á su pié, y vamos, lector amigo, á internarnos en las sombrías gargantas del Castellar, á principios del año 184....

II.

No era una época de política ni de efervescencia la en que yo voy á abrir la accion de esta pobre historia; y aunque lo fuese, la autora de estas líneas no sabria, lectoras mías, ni definirlos la causa de sus hechos, ni siquiera los nombres de los personajes autores de ellos: nació al final de la guerra, y solo recuerda que su madre, teniéndola en su regazo, le hacia unir sus manecitas y le decia:

—Reza, hija mía, por los que mueren en los combates. Y entonces la buena madre oraba con fervor, y hacia que su hija repitiese las palabras santas con un gorjeo más confuso que el de las pajarillas. No es, pues, la relacion de desastrosas guerras lo que vais á oír, amables lectoras, es la sencilla historia de una pobre niña nacida entre las grietas del monte como una flor silvestre.

Era esto: los pastores del Castellar habian abandonado todas sus grutas y se habian retirado á un valle lejano, ya por lo plácido de la estacion, ya por el terror que les inspiraba una partida de bandoleros que vagaban por el monte y por una selva vecina; ganados y guardas pasaban los días en los campos, y las noches en diversas heredades que les daban abrigo con aquella caritativa voluntad tan comun en el pueblo aragonés.

Solo una gruta estaba ocupada, pero esta habia sido convertida en cabaña, gracias á los cuidados del tio Marcelo, que la habitaba hacia muchos años.

El tio Marcelo contaba ya sesenta inviernos, pero era alto, fuerte y nervudo: sus cabellos blancos hacian un extraño contraste con sus ojos y sus cejas, negras como el azabache: su carácter era brusco y regañon, y su traje siempre nuevo, porque jamás le remendaba; apenas em-

pezaba á romperse le daba á un pobre y compraba otro. Solo á dos seres amaba en el mundo el tio Marcelo: estos eran Rosa, su hija, y Leal, su gran mastin, de raza indefinible, pero de colosal corpulencia.

Rosa tenia 16 años, y vestia como las aldeanas de Aragon: una basquiña de indiana, de fondo azul y ramo de rosas, corta hasta dejar ver sus piecitos calzados con una media de estambre y un zapatito de seda adornado de un gran lazo: un corpiño encarnado respunteado de seda blanca, y un pañuelo al cuello de muselina bordada, componian su traje: sus cabellos castaños bajaban recogidos en trenzas tanto como su basquiña; y su garganta estaba adornada con un collar de granos de ámbar.

¡Qué hermosa estaba Rosa con este traje! ¡Qué hermosa con sus ricas trenzas, con sus ojos oscuros velados de negra seda, con sus mejillas de marfil y sus labios de coral! ¡Qué bella estaba Rosa!

Los pastores la llamaban *La flor del Castellar*, y se quedaban embebecidos mirándola cuando pasaba por los campos; pero ninguno se atrevia á decirle amores.

¡Tenia la garganta tan linda y delicada, las manos tan blancas, los piés tan chiquitos y arqueados, la voz tan dulce!

Los pobres pastores la miraban como á un sér superior, y decian algunas veces en torno de la hoguera que encendian para calentarse en el invierno:

—¡Rosa se casará con un señor!

En cuanto al tio Marcelo, nada decia: pasaba la mitad de su vida arreglando un pequeño campo que cultivaba detrás de su cabaña: un tercio cogiendo legumbres y vendiéndolas en el mercado de la ciudad, y el resto cortando leña en el monte, que vendia tambien.

Rosa permanecia en la cabaña cosiendo sus basquiñas, ó respunteando sus justillos, y cuidando algunas flores colocadas en macetas á la puerta de su vivienda.

Algunas veces le decia su padre:

—¿No tienes miedo á los bandoleros, Rosa?

—No, padre mio, contestaba la niña

—¿Cómo así?

—¿No está conmigo la Virgen? decia Rosa, señalando una imagen de María colocada en un nicho que formaban las piedras de la cabaña.

El tio Marcelo sonreia de esta cándida respuesta, y llamando á Leal, se iba á su labranza ó á cortar su leña; no obstante, el cuidado de la seguridad de Rosa le hacia volver siempre antes de cerrar la noche.

III.

Rayaba apenas la primera luz de un día de Julio, que prometia ser muy caluroso, cuando el tio Marcelo abrió la puerta de la cabaña y salió al monte precedido de Leal.

El Castellar estaba en calma: algunos pastores hacian sus almuerzos en las cavernas, pues sabian que los bandidos solo moraban en ellas durante la noche, y que les dejaban en pacífica posesion de sus hogares durante el día.

A la puerta de una de las grutas más profundas, cuatro pastores, dos de ellos ancianos y los otros dos jóvenes, habian encendido un abundante fuego, y freian en una gran sarten una enorme cantidad de migas de pan moreno, remojadas en leche y tostadas con grasa de carnero.

—¡Tio Marcelo! ¡Eh, tio Marcelo! gritó el más anciano: venid acá á probar nuestro almuerzo.

El labrador se acercó y todos le hicieron sitio.

—¿Y la linda Rosa, tio Marcelo? preguntaron los dos jóvenes.

—Durmiendo queda, hijos míos.

—¿Sin miedo á los ladrones?

—Sabe que durante el día hay pastores en el monte; por la noche la guardo yo.

—Y que todos nosotros nos dejariamos matar antes de consentir que ninguno de la cuadrilla llegase á ella.

—Gracias, amigos, gracias. ¿Pero sabéis lo que me dijeron ayer en la ciudad?

—¿Qué?

—Que el Corregidor ha mandado pregonar al capitán de la banda, y ofrece al que le descubra diez mil duros en buena moneda.

—¿No es mala suma! dijo uno de los ancianos pastores: es una riqueza; pero yo no la quiero, si para lograrla he de causar la muerte á un hombre.

—¡Ni yo! añadieron en coro los otros tres pastores.

—¡Libreme Dios de descarla! dijo el tio Marcelo, pero continuó: dadme á probar las migas, que me voy.

Uno de los dos jóvenes le alargó una cuchara de madera tosca, pero limpia: el anciano la llenó de migas, y ya la llevaba á la boca, cuando la soltó quedándose lívido, despavorido y con los ojos fijos en un hombre, que, saltando las sinuosidades del monte, se dirigia á su cabaña.

Aquel hombre era muy hermoso. Aparentaba de treinta y dos á treinta y seis años, tenía la tez muy morena y las facciones regulares y llenas de armonía: el padre de Rosa pudo ver sus ojos negros llenos de fuego y coronados de espesas cejas, sus largos cabellos que caían en rizados lustrosos y naturales, y la hermosa y negra barba que le daba un aspecto un tanto fiero.

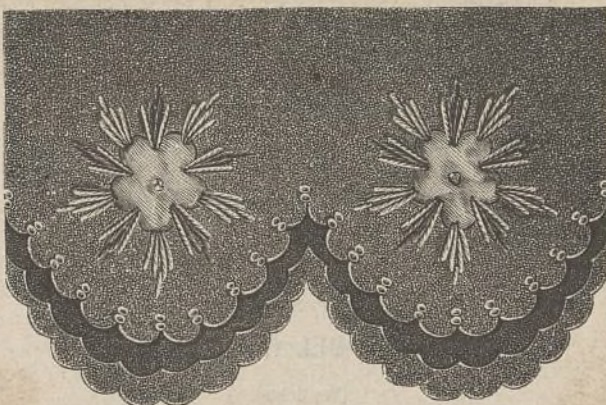
Su traje era muy extraño entonces, y se parecía mucho al que ahora usan los hombres que conducen los carros de los regimientos: reducíase á un pantalon de paño oscuro, con una ancha faja de grana en las costuras, y que dejaba ver unos ricos botines de ante abrochados con botones de plata, á una chaqueta igual al pantalon, adornada también con botones de plata, á una faja de seda encarnada que ceñía su esbelto talle, y á un sombrero negro de anchas alas, bajo las cuales se veía su hermosa cabellera.

El desconocido tuvo que ir aproximándose á los pastores para entrar en la cabaña: al acercarse, todos observaron que su camisa estaba cerrada sobre el pecho con riquísimos diamantes, y que sujetos en su faja de seda llevaba dos pistolas y un largo cuchillo.

El semblante del tío Marcelo se había ido desencajando á medida que aquel hombre se acercaba á su cabaña; tiró la cuchara, levantóse impetuosamente, y con el cuello tendido y los ojos chispeantes, le siguió con la vista hasta verle llegar. Oyóle llamar suavemente á la puerta: y Leal, que le oyó



5. Puntilla de trencilla y crochet.



8. Cenefa bordada en paño para la canastilla núm. 24.



7. Entredós de crochet.



6. Puntilla de crochet de horquilla.

gon, en tono descompasado y con ademanes bruscos, interrumpió nuestro silencio diciendo, ó mejor dicho, gritando: — ¡Puñales!... ¡Puñales y navajas de Albacete!!!

— ¡Puñales, señoritos; puñales y navajas de Albacete! Repuesto un tanto Scott, quitó su mano del revólver, y mirándose avergonzado, me decía: — Este hombre me ha dado miedo. Le había creído por un momento asesino ó bandolero... ¡Es tan natural en la Mancha!...

— No tal: es un pobre que gana la vida viajando desde Ciudad-Real á Alcázar y vendiendo las navajas y puñales que compra en Albacete. También observará V. que es lo único que vienen á ofrecer al viajero en esta línea: navajas y puñales. En otras partes, amigo Scott, se ofrecen libros y periódicos. Recuerdo que no he pasado por una estación en Almansa sin que me brinden por dos reales tomos de la *Biblioteca de Viajes*, que da en un solo volumen *Os Lusíadas*, de Camões, ó *Un viaje submarino*, de Julio Verne. Aquí, en esta tierra, inmortalizada por el gran Cervantes, desde que hizo al héroe de su leyenda manchego, se nos brinda con puñales y navajas, cuando no con aguar-



9. Delantal con bieses y fleco.



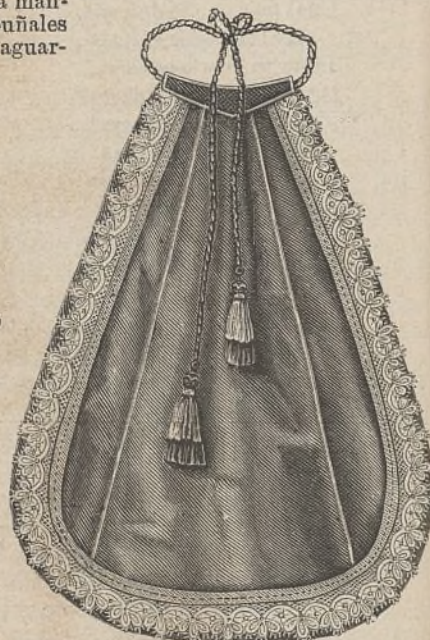
11. Lazo con flores.



13. Cintaron con limosnera de cinta y flores.



12. Lazo con flores para el peinado.



10. Delantal con encaje.

también, gruñó sordamente, erizando el largo pelo de su espinazo.

De súbito el tío Marcelo sacó un papel de su bolsillo y le leyó apresurado, mirando á cada palabra al que iba á entrar en su casa.

— ¡El es!... ¡el es! murmuró al fin con voz ronca, ¡el capitán Felipe!... ¡el bandido!... ¡el hombre cuya cabeza se pregonó ayer está en mi casa!...

En aquel momento la puerta se abrió y Rosa apareció en el umbral: tomó ésta de la mano al capitán, y ámbos entraron en la cabaña, volviendo á cerrarse la puerta.

Entonces el tío Marcelo guardó el papel que tenía en la mano: entró en la gruta que había servido á los pastores para hacer su almuerzo, buscó desatentado, y viendo por acaso un hacha de partir leña, la tomó y salió corriendo con dirección á su cabaña.

Los pastores no se movieron: aquellos hombres veían á otro hombre ir á lavar su honra con sangre; pero se decían que cada uno de ellos hubiera hecho otro tanto en su caso, y no pensaron siquiera en detenerle.

El padre de Rosa llegó á su cabaña, dió vuelta por detras, y se escondió en una de las quebraduras del monte, apretando el hacha con mano convulsiva.

(Se continuará).

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

DE MADRID A LISBOA.

(IMPRESIONES DE UN VIAJE).

X.

HASTA CIUDAD-REAL

Paraba el tren frente á Daimiel. Mi amigo Scott se disponía á bajar del coche para llenar su castañeta de aguardiente, cuando un hombre con cara de bandido, armado de navajas y puñales hasta los dientes, con dos de aquellas en cada mano, asomando medio cuerpo por la ventanilla de nuestro wa-

diente y rosquillas.

— Es que en este país todo el mundo come rosquillas, bebe aguardiente y gasta navajas ó puñales.

— Y no conoce el A. B. C.

— Por eso nadie brinda con libros.

En esto el tren comenzó á rodar de nuevo, mientras Scott, pensativo como nunca, repetía una y otra vez:

— Está justificado este hecho... En un país en que nadie lee, no se venden libros ni periódicos.

— Cierro, amigo Scott... Por lo demás, Daimiel es una villa de la provincia de Ciudad-Real, que tendrá unos 3.000 edificios, con calles anchas y alegres, iglesias, escuelas y una plaza con galerías de corredores antiguos edificadas en el siglo XVI. La parroquia de Santa María, primitiva iglesia de los Templarios, es antiquísima; su párroco es Prior. La iglesia de San Pedro no es peor por su estilo dórico...

— ¡Pero no es pueblo antiguo!

— Muy antiguo: los romanos lo poblaron con el nombre de *Laminium*, pero no tiene recuerdos anteriores al siglo XV; en cambio Almagro, hacia donde vamos, es un pueblo importante, si no por sus restos arqueológicos, por su industria encajera. Ciudad antigua, juzgado de la provincia de Ciudad-Real y administración subalterna de rentas, con lo

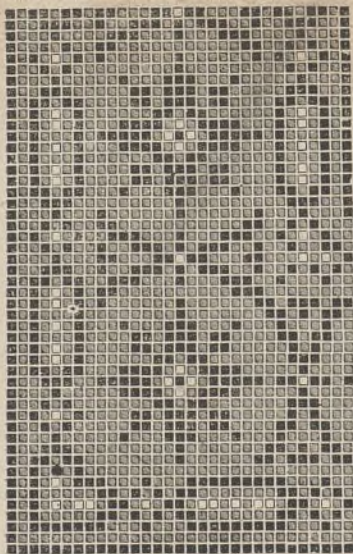
cual tiene más vida que Daimiel. Sus calles anchas y mal empedradas, sus plazas grandes y feas, con matadero, escuelas y un cuartel edificado sobre el antiguo palacio de los Grandes Maestres de Calatrava. Carlos V estableció en esta ciudad el año de 1553 una Universidad que en 1824 se cerró.

— ¡Universidad en Almagro!

— Universidad, sí señor,



14. Caja para guantes: mosaico de maderas.

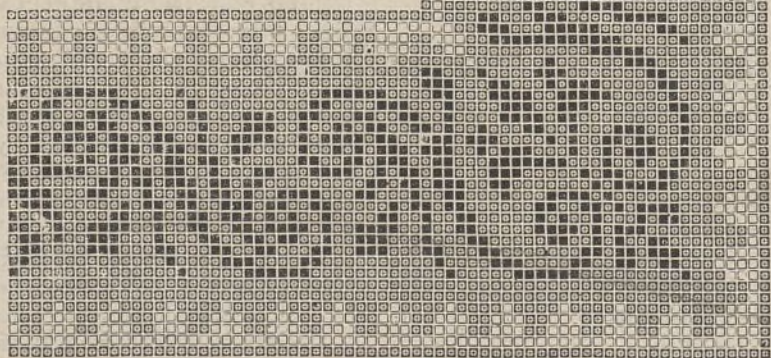


grana oscuro

grana claro

grana más claro

15. Cenefa de tapicería.



verde oscuro

verde claro

verde más claro

16. Cenefa de tapicería.

n tono des-
asado y con
nes brus-
nterrumpió
co silencio
do, ó mejor
gritando:
Puñales!!...
les y nava-
Albacete!!!
cia de aquel
el asiento,
remediar,
gritaba el

Albacete!
revólver,

abia creido
an natural

udad-Real
Albacete.
r al viajero
ott, se ofre-
na estacion
Biblioteca
öens, ó Un
nortalizada

guardiente

, pensativo

no se ven-

de la pro-
lles anchas
es antiguos
tiva iglesia
esia de San

Laminium,
glo XV; en
s un pueblo
lógicos, por
juizado de
ministracion
balterna de
ntas, con lo
cual tiene
más vida
e Daimiel.
s calles an-
as y mal
mpedradas,
sus plazas
grandes y
as, con ma-
dero, escue-
s y un cuar-
el edificio
bre el anti-
opalacio de
os Grandes
maestres de
Calatrava.
arlos V esta-
leció en esta
udad el año
e 1553 una
Universidad
ne en 1824 se
erró.
— ¡Univer-
dad en Al-
agro!
— Universi-
ad, sí señor,



EL CORREO DE LA MODA
Periodico ilustrado para las Señoras.

Plaza de Prim II, 3.

porque España ha tenido muchas universidades... y desde muy antiguo.

—Ahora, ¿cuántas tiene?

— Diez solamente: la de Barcelona, fundada por D. Alfonso V; la de Granada, por Carlos I y V de Alemania; la de la Habana (Cuba), por el príncipe de Angola; la de Manila (Filipinas), por Felipe IV; la de Oviedo, por don Fernando de Valdes, Arzobispo de Sevilla; la de Salamanca, por Alfonso IX; la de Santiago, por el Arzobispo D. Alfonso de Fonseca; la de Sevilla, por San Vicente Ferrer; la de Valladolid, por Alfonso IV; la de Zaragoza, por D. Juan II de Aragón, y la de Madrid, por Isabel II. Ya V. ve que España tenía universidades desde el siglo trece. Por lo demás, Almagro es una buena población, de recuerdos para la historia patria y de gran celebridad en los anales de las crónicas de la Orden de Calatrava.

Sus iglesias primitivas han desaparecido, y solo queda, puede decirse, la de los Jesuitas, donde está la parroquial, templo reedificado en 1625 por la piedad de los vecinos, y la de la Madre de Dios, edificada en 1546.

Antiguamente había en esta ciudad cinco conventos de frailes y tres de monjas, con trece ermitas...

—Pues diga V. que Almagro era un pueblo de curas y frailes.

—Poco menos, amigo Scott: un pueblo que tenía unos 1.000 habitantes que vivían entre treinta iglesias, una plaza de toros y tres palacios.

—¿Tiene plaza de toros aun?

—Sí señor.

—¿Habrá funciones ahora?

—¡ Hombre... con estas nieves qué ha de haber!

—No sabía que la nieve era contraria a los toros.

—La época de la lidia es en el verano. Comienza en Abril y termina en Octubre, durante cuyo tiempo el ganado bravo puede prestarse a la lidia.

—¿Es antigua la plaza de toros de Almagro?

—De principios de siglo, aunque á mediados del siglo XVII había otra donde los caballeros de Calatrava corrían al ganado del país.

—¿Y no tiene este pueblo más antigüedad?

—Los romanos lo fundaron con el nombre de *Marnaria*, y los godos hicieron en ella una fortaleza denominada *Milagro*, á la que los árabes llamaron *Al mil-al-gro*.

Levantados una vez sus vecinos á favor del Arzobispo de Toledo, fué sitiada por 800 caballos y 2.000 infantes árabes, resistiendo valerosamente el sitio. El rey D. Al-

1809 con la formidable división del mariscal Victor, que destruyó lo mejor de la ciudad y quemó todos sus mejores edificios. Tal es la historia de esta ciudad que tenemos aquí delante... Mírela V.

Y el tren paraba frente á Almagro. Mi amigo Scott, mirando hacia la estación, me preguntaba:

—¿Qué industria tiene esta ciudad?

—La encajera más que ninguna, pues si bien tiene la labor, la fabricación de vinos, aguardientes, curtidos, ladrillos y jabón, los encajes entretienen á más de 6.000 operarios.

—¿Parecen muchos operarios!

—Pues hay más aún: de Puerto-Llano hay aquí viviendo unos 2.000 del Corral de Calatrava unos 2.200 y de Almagro unos 6.000; de modo, que no son 6.000, sino 10.200 los obreros de ambos sexos que viven en Almagro trabajando en los encajes. Y no crea V. que esta industria es antigua. A fines del siglo XVI se hacían encajes en este pueblo, y el rey Carlos III, comprendiendo la necesidad de fomentar la industria nacional, mandó en 1796 á D. Juan Bautista Torres que montase fábricas y talleres para hacer encajes que pudieran competir con los que se traían de Nantes, Lyon y Bruselas.

Y en esto el tren comenzó á rodar de nuevo sobre los rails. Nos llevaba á Miguelturna. Scott, arrojándose con la manta de viaje, se colocaba mejor y me preguntaba:

—Vamos á Miguelturna, ¿eh?

—Sí señor.

—¿Otro pueblo antiguo quizás?

—No tal. Su historia no se remonta más allá del siglo XII. En 1328 lo pobló y engrandeció García Pérez de Padilla, Maestre de Calatrava, el cual fué derrotado por los mismos de su orden en 1330. El Maestre Fr. Pedro Núñez le llamó villa, y Felipe II confirmó algunos privilegios que le dieron los Maestres. Separado de estos datos, nada más puedo decir á V. de Miguelturna... Pero ahora paramos frente á él. Mírela V. que tristeza, que



17. Cenefa de aplicaciones y bordados.

fonso X celebró cortes en esta ciudad el año de 1273, para anular lo que habían hecho las celebradas en Burgos el año de 1266. El Maestre D. Pedro Giron y su hermano el marqués de Villena se hicieron fuertes en esta ciudad y vencieron á D. Alfonso de Aragón, que la quería conquistar en 1454. José Bonaparte entró en ella en

soledad reina en estos alrededores.

Estábamos frente á la estación de Miguelturna. Eran las cinco y media de la mañana. Un frío intenso se colaba por entre las hendeduras de las portezuelas de nuestro wagon, que nos hacía dar diente con diente. Scott se tiraba de las patillas. Yo me soplabla las uñas. La nieve

de toda la noche se derretía, y la temperatura bajaba de una manera tal, que parecía estar detenido el tren en la Siberia. Yo decía á Scott:

—Me parece que nos helamos.

—No señor; aprension de V.

—Aprension, ó no, quisiera ver el termómetro para conocer la atmósfera en que vivimos.

—Muy buena: se respira con facilidad y aquí se goza de mejor salud que en otras partes.

—Segun y como. Yo me moriría, porque esto es malo para mí. Además, los climas templados no son tan malos como V. cree.

En esto el tren comenzó á correr de nuevo, caminando de prisa como si temiese llegar tarde á Ciudad-Real. Mi amigo Scott, arropándose más y más en su manta de viaje, continuaba observando la temperatura, y me decía:

—Los climas frios son mejores para la salud. Estamos ahora mejor que en la ópera de París á cualquier hora de la representación. Recuerdo que en 1870, en el gran teatro María de San Petersburgo, se han hecho observaciones del mayor interés sobre los diversos cambios de temperatura en un palco de frente al escenario durante las representaciones. Se ha probado, de una manera concluyente, que la temperatura se elevaba cada cuarto de hora. Cuando se levantó el telon, el termómetro marcaba 18 grados centígrados; al terminar el primer acto marcaba 24 grados y al dar comienzo al segundo 25 grados. La humedad no seguía una proporción tan rápida; sin embargo, había aumentado más de 30 por 100 en dos horas; dos horas más tarde, el aire estaba más cargado de humedad que el aire exterior. Contenía 85 por 100, es decir, tanto como en las habitaciones más insalubres. Había en el palco seis veces más de ácido carbónico que en el aire respirable normal. Al terminar la representación, el ácido carbónico había aumentado en dos tercios. Diga usted ahora si se puede vivir aquí mejor que en una temperatura como la de los teatros, ó donde las muchedumbres calientan los aires y hacen insalubres la atmósfera.

—Ciertamente que nó.

—Pues convengamos en que se vive mejor en las montañas de Asturias que en Cuba... ¿Pero adónde vamos ahora?

—A Ciudad-Real.

—¿Paramos en él?

—Tenemos tiempo para comer algo.

—No digo eso; que si descansamos en él todo el día.

—Como V. quiera.

—¿Tendremos donde pasarlo bien?

—Regularmente.

—¿Hay monumentos dignos de visitarse?

—Pocos, pero más que en Alcázar de San Juan.

—Pues comeremos, beberemos y nos iremos mañana.

Y un momento despues el tren paraba frente á una estacion. Estábamos en Ciudad-Real. Eran las seis y media de la mañana. Mr. Scott, cogiendo en una mano su pequeña maleta y en la otra la caja donde llevaba la cabeza de Cromwell, me decía abriendo la portezuela del wagon:

—Baje V. primero y coja puesto en la mesa, que allá voy yo.

Me senté á comer, y muy pronto apareció Scott apuntando en la cartera sus impresiones. A hurtadillas pude leer su nota, que decía: «Las navajas y los puñales de Albacete sostienen un gran comercio en la línea férrea de Ciudad-Real á Madrid.—*Laminium* fué Universidad desde Carlos V.—En Almagro hubo más iglesias y conventos que plazas de toros cuenta España: hoy tiene encajes y encajeras, y plaza de toros, donde no se lidia cuando hace frio... En la Mancha nació Cervantes, segun «D. Quijote.» Y cuando leí tales desatinos, me mordí los labios para no soltar la carcajada. Si yo no hubiera sabido lo que son los extranjeros en España, ó España para los extranjeros, me hubiera permitido torregir la nota; ¡pero bueno era Mr. Scott para advertencias... Como Arago, como Alejandro Dumas, se creía universal y con criterio propio. Además, Scott era inglés y despues de inglés el hombre más escéntrico que ha dado Londres. Pensando estaba yo en cómo poderle decir los disparates que llevaba en su cartera, cuando llamando con energía á un camarero, se volvió hácia mí preguntándome:

—¿Comemos, ó no comemos?

(Se continuará).

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

UN ELIJAN CONYUGAL.

(Continuación).

IV.

LA CONDESA.

Reclinada estaba la condesa en una elegante marquesita de raso color de cereza, colocada enfrente de un her-

moso espejo de cuerpo entero; tenía abandonada su negra y abundante cabellera á las entendidas manos de su doncella Catalina, que en pié, detras de ella, manejaba á su placer con un peine de concha aquellas finísimas y lustrosas trenzas.

Escusado parece decir que el aposento en que la hemos ido á encontrar era el lujoso tocador de la hermosa sirena, que cautivata así con su hermosura la voluntad y el corazon de los hombres más distinguidos. El tocador de la condesa, tapizado de finísima seda blanca con cabos encarnados, era un delicioso gabinete donde no se sabía qué admirar más, si la riqueza de los muebles y objetos que le decoraban, ó el refinado gusto artístico que había presidido á su colocacion. La belleza de aquel tocador estaba perfectamente en armonía con la de su dueña; era, y se podia decir aquella frase de un naturalista célebre, —como es el ave es el nido.

Mientras la doncella trenzaba aquel azabachado y abundante cabello, la condesa volvía y revolvía en todos sentidos un medalloncito adornado de dos filas de perlas algo estrepacadas por el tiempo y engastadas en un marco de oro primorosamente cincelado. Pendía la alhaja de una modesta cinta negra, y podia adivinarse por el modo con que estaba rota cerca del nudo, que el actual poseedor la debía indudablemente á la pérdida sufrida por otra persona.

En cuanto lo permitian las pequeñas manos de la condesa, divisábase que el contenido del medallon eran dos retratos, ó mas bien dicho, un grupo de dos figuras de buen dibujo y perfecto colorido. Una de las figuras representaba á una señora anciana, más quizá por las desgracias que por los años, pues se dejaba entrever en ella los restos de una magnífica belleza. La otra era un niño cuya frente y hombros cubrían una abundante profusion de rizados cabellos. La mirada franca, risueña y clara, el óvalo puro de aquella cabeza infantil, formaban contraste con el aspecto benévolo, pero triste, que ostentaba la primera figura, que comparádoles mutuamente producían un atractivo irresistible.

La condesa contemplando el medallon, sentía despertarse en su memoria no se qué vagos recuerdos. Deseaba poder fijar nombre y fecha á aquellos retratos, que no le eran del todo desconocidos; y la impaciencia, retratándose en sus hermosas facciones, las hacia mucho más bellas con la extraña expresion que les imprimía.

—Aun no recuerda V. E., se atrevió á preguntar la doncella.

—No, Catalina, y cree que siento infinito que en esta ocasion sea tan débil mi memoria. Que ya he visto en otra parte esas facciones, no me cabe la menor duda, pero no recuerdo dónde ni cuándo.

—Tal vez tengan algun aire de familia con los muchísimos retratos de antepasados que la señora tiene en su galería.

—¿De familia?... A ver, á ver; tienes razon; eso es. Sí, ya voy recordando. Era yo muy niña, tendria unos doce años; fui á Asturias con mi padre á pasar una temporada en sus posesiones. Allí me conoció el conde y pidió mi mano á mi padre; allí tambien conocí á toda la nobleza de aquellos contornos, entre ellas á la señora de Figueroa, de ilustre casa, pero completamente arruinada por la guerra de la independencia. Su hijo, el ultimo vástago de la familia, es el que ha heredado á mi esposo el conde, que era su tio. Estos son sin duda, Catalina, madre é hijo. Conozco sus hermosas facciones gastadas por el dolor, y aun me parece estarla viendo entrar lenta y solemnemente en los salones de la quinta del conde, llevando de la mano á este niño que contaria tres ó cuatro años más que yo, y que la simpatía y la edad nos aproximó en aquella época más de una ocasion. Era un niño amable, complaciente y con una bondad que rara vez se ve á esa temprana edad.

—Aun se queja la señora de debilidad de memoria, cuando en un momento lo ha recordado todo.

—¿Dios mio! qué casualidad, este medallon encontrado en mi bolsa de viaje, debió perderse al amable caballero que nos llevó en su silla de postas dos dias, hasta hallar otra para continuar nuestro viaje. Sí, él me dijo que venia de Asturias, que iba á Madrid, que se llamaba Carlos; calló siempre su título, pero su criado llevaba en la librea botones con corona de conde. No me cabe ya la menor duda, hemos viajado en compañía de Carlos Figueroa, actual conde del Soto.

—¿Y qué, señora? dijo Catalina, que continuaba perfeccionando el caprichoso edificio del tocado de su señora, y se disponía á colocar una camelia blanca entre aquellas trenzas de negrísimo pelo; si me es permitido exponer mi modo de pensar sobre este descubrimiento, me tomaré la libertad de decir á la señora condesa que no debe disgustarle el heredero de su difunto esposo, pues al parecer continúa siendo tan bueno y tan ama-

ble como era cuando la señora le conoció, por lo cual puede dignarse admitirle en su trato.

—¡Ya, ya! replicó la condesa, algo impaciente por no haber sido comprendida; ¿no conoces lo difícil de mi posicion actual respecto á Carlos Figueroa? ¿Puedo recibir en justicia al heredero de mi esposo, bajo el pié de familiaridad que dos dias de viaje han establecido entre nosotros?

—En verdad que es apurarse demasiado por la cosa más comun y más insignificante del mundo.

—Me harás morir con tu obstinacion, Catalina. ¿Será preciso deletrear todo lo que una quiere decir?

—Perdone vucencia mi poca inteligencia, replicó la doncella con maligna sonrisa; pero no imaginaba que la señora quisiera referirse al juicio de la sociedad.

—¿No lo imaginabas?... Ni yo tampoco, Catalina, contestó la condesa suspirando ligeramente; pero sin desear complacerme, haz por imaginarlo.

—Me guardaré muy bien de desobedecer á la señora condesa; pero si yo insistiera en mi opinion anterior, diría, que aun suponiendo lo que la señora quiere suponer, no hay motivo justo para inquietarse.

—¿Eso dices, loca? ¿Y qué hablaria el mundo si advirtiera alguna intimidación entre el nuevo conde del Soto y la viuda del difunto?

—Páreceme que dirían que la encantadora viuda dejó su corazon entre los tesoros que componían la herencia del difunto, contestó Catalina con la osadía de la criada confidenta.

—¡Necia! exclamó la condesa más encarnada que la grana; pues eso es precisamente lo que yo no quiero que se diga.

—Entonces, ayúdenos la Virgen, porque yo no comprendo una palabra.

—No es extraño que no comprendas esas cosas, dijo la condesa levantándose y despidiendo con un gesto de mal humor á la confusa doncella; pero has de saber que hay ciertos sentimientos creados esclusivamente para ciertos corazones y que otras personas no conciben nunca. La viuda del conde del Soto, sean cuales fueran sus secretas simpatías, no consentiría nunca en un enlace que el mundo no dejaria de suponer interesado, pues el resultado era conservar una fortuna de que le privaba la muerte de su esposo. Suceda lo que suceda, impondré silencio al mundo, lo impondré á mi corazon si acaso se rebela; y estoy resuelta; Carlos Figueroa y conde del Soto no pondrá los piés en mi casa llamado ó atraído por mí. Ahora déjame, quiero estar sola.

La doncella se retiró. La condesa se dejó caer de nuevo en su asiento y quedó pensativa.

V.

IRENE.

En un elegante comedor de una casa de la calle de Alcalá, y alrededor de una mesa situada á corta distancia de una chimenea muy bien encendida, estaban terminando el almuerzo una señora y un caballero.

Tenían delante preciosas tazas de porcelana de Sèvres, en las que un criado les servía el aromático producto de la China, convenientemente mezclado con la espumosa leche.

Ella era una jóven de hermosas facciones, de mirada dulce, de sonrisa bondadosa. Sus ojos garzos tenían esa fuerza de atraccion misteriosa que domina las voluntades, su purpurina boca parecia modelada por Canana, y tenía un indecible encanto con la sonrisa que continuamente jugueteaba en ella. Todo lo demás de su persona correspondia á los detalles en que nos hemos fijado para retratarla, y en cuanto á su carácter parécenos escusado decir que era bondadosa, amable, sencilla y generosa.

Irene Villalobos tenía veinte años, era huérfana de padre y madre, rica, sin hermanos, sin más parientes próximos que su tutor, que era el que se encontraba con ella.

El general Ramirez, tipo acabado del caballero y del militar, era un solteron de sesenta navidades, de carácter bueno, aunque un tanto brusco, en fuerza de sus antiguos hábitos de mando.

Pariente, antiguo amigo y compañero del padre de Irene, que era viudo, á su muerte fué nombrado tutor de la jóven en cuya compañía vivía, y cuyos intereses administraba con gran probidad y acierto, tanto, que la huérfana debía á los cuidados de su tutor un aumento considerable en sus bienes.

Apesar de la disparidad de edades, tutor y pupila se avenían perfectamente. El era bueno con ella, porque con Irene no se podia ser otra cosa. Confiada á la direccion de una institutriz inglesa, su talento natural se habia desarrollado, habia tomado proporciones colosales con el frecuente estudio y la aplicacion de la jóven, en tales términos, que el general, temiendo que enfermara si continuaba así, despidió á la institutriz despues de recom-

pensarla espléndidamente. En seguida presentó su pupila en sociedad, donde, merced á las muchas y buenas relaciones del general, y á las recomendables cualidades de Irene, la señorita de Villalobos fué muy pronto conocida de todos y pretendida por más de uno, porque al fin y al cabo era un excelente partido. Pero el general con su carácter brusco, aunque muy finamente y con mucha política, se echó de delante la nube de pretendientes sin que Irene lo sintiera maldita la cosa. Era que aun no había sonado para ella la hora de amar. Porque la mujer tiene también ese misterioso agente que la impele hácia determinado punto; más claro, la mujer en su carrera, después de conocer y tratar multitud de hombres de todas clases y condiciones, sin experimentar lo que se llama la primera impresión de amor, viene á sentirse herida por el que no es capaz de comprenderla, y que por consiguiente es indigno de que por él se sufra. Eso mismo hemos dicho en otra ocasión, porque con nuestro carácter observador lo hemos visto en la sociedad en gran número de casos que representaban igual número de esos misteriosos dramas de que es actor y víctima el corazón. Pero basta de digresión.

Para Irene no había llegado la hora, porque también, como otras muchas, tenía que sufrir el suplicio de Tántalo. Los muchos hombres distinguidos que la pretendieron no habían logrado interesarla, y en cambio uno que solo lo era por su cuna y su posición, había hecho brotar en su insensible y virginal corazón la primera chispa de ese fuego que consume la existencia. Irene amó y amó sin esperanza, pues el hombre que la había despertado á la vida del amor no sentía por ella más que una amistad engendradora, más que por las brillantes cualidades de la joven, por la frecuencia y hasta intimidad con que se trataban. Ese hombre era el marqués de San Bruno, sobrino del tutor de Irene, sin ser pariente de ésta, aunque la trataba con la intimidad y franqueza de tal, pues el carácter abierto y corriente del general había impuesto á ambos jóvenes, de cuya educación había sido director, esa íntima confianza propia de una amistad fraternal.

La pupila y el sobrino se veían y hablaban con frecuencia, tomando con ese frecuente trato mayor incremento el amor de la primera, sin que el segundo llegara á apercibirse de ello, tal era la indiferencia que por Irene sentía el marqués en cuestión de amores.

La hermosa joven, dando rienda al sentimiento que por primera vez experimentaba, inesperta en el disimulo, no se cuidaba mucho de ocultar su pasión, porque si su amor propio podía resentirse de consagrar su querer á un hombre que no le hacía caso, en cambio su conciencia no le reprochaba aquella afección como cosa perniciosa. Irene, abandonada á sí misma, continuó amando al marqués, sintiendo el punzador aguijón de los celos al contemplar las galantes aventuras del objeto de su pasión, siendo confidente de algunas por la misma intimidad que entre los dos existía. La pobre huérfana amaba y sufría en silencio, pero no tan oculta-mente que el general, aunque no muy ducho en la materia, se hiciera cargo de que algo grave pasaba por su pupila. Estudió el caso, y no le costó gran cosa despejar la incógnita. Al conocer bien la situación, su primer movimiento fué de alegría, porque amando á su sobrino como le amaba y debiendo procurar la felicidad de la huérfana, pensó que era el mejor fin de tutela que él podía desear, un casamiento entre su sobrino y la opulenta señorita de Villalobos. Mas recapacitando bien la manera de realizarlo, vió por de pronto un inconveniente grave. Si su pupila amaba al marqués, éste en cambio no amaba á Irene, y ni siquiera se había fijado en ella. El general, rígido en sus principios, jamás hubiera impuesto á su sobrino lo que espontáneamente no nacía de su corazón. Pero esto no impidió el que indirectamente llamara su atención hácia el anhelado objeto, aunque todo fué en vano; pues el marqués, fija toda su atención en la condesa é interesado su corazón y su vanidad en la conquista de la hermosa viuda, vivía completamente abstraído de todo lo que no fuera esta empresa.

Así trascurrieron días y meses. Irene amando siempre y sufriendo con esa triste resignación de las almas grandes. El general procurando distraerla, sin dárle á entender que había leído en su corazón lo que en él pasaba. Así llegó el día en que los hemos presentado á nuestras lectoras en el momento que están concluyendo de almorzar.

(Se continuará).

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

CONVERSACIONES CON LAS DAMAS.

Ya se aproxima la estación de las flores; ya el ambiente tibio del joven y risueño Abril abre los broches de las lilas y de las celindas, que en breve perfumarán las ca-

lles del Retiro y las cercadas de verdura del Botánico. ¡Oh, juventud, primavera de la vida! ¡Oh, primavera, juventud del año!

Tal es el lema que un ilustre pintor de la escuela francesa ha puesto á uno de sus más bellos cuadros, cuyo asunto son dos niños de distinto sexo, mecidos en un columpio y en medio de la exuberante verdura de un jardín: el columpio está sujeto á dos grandes árboles; la niña, que aparenta unos doce años, deja flotar sus rubios rizos á merced de la brisa de la tarde; sus redondas mejillas ostentan las rosas de la salud; uno de sus zapatos se ha caído, y el diminuto pié, calzado con una media á rayas azules y blancas, se balancea, gracioso y juguetón; su risa muestra dos sartenes de perlas finas.

El muchacho parece tener dos ó tres años más; es también robusto y moreno, con grandes ojos negros; con una mano enlaza el talle de su inocente compañera, y con la otra sostiene su sombrero de paja; á sus piés corre un arroyuelo de agua cristalina, y el sol se pone tras las altas copas de los árboles: este cuadro, llamado *La primavera*, es delicioso en su pensamiento y en sus detalles: el amor parece respirar, oculto en los floridos arbustos y en los altos árboles; se diría que había adivinado este adorable paisaje la poetisa española que al pensar en la primavera escribió los siguientes versos:

¡Amor, dicen las aves
Con dulce melodía;
Amor, la selva umbría;
El bosque espeso, amor!
¡Amor, la mansa fuente
Que corre murmurando;
Amor, el aire blando
Al columpiar la flor! (1)

En una de las galerías cubiertas que desde el Palais-Royal, en París, conducen al teatro Francés, existe desde hace muchos años una bonita tienda de flores, en la cual, y artísticamente colocadas, se ven multitud de macetas, en las que descuellan bellísimas y perfumadas flores de todos los climas y países, desde las que brotan en los fértiles campos tropicales hasta las que, á impulsos de las brisas del Norte, engalanan los jardines de la Rusia y de la Polonia.

La propietaria de aquel embalsamado invernadero adquirió una gran celebridad y una gran fortuna. Se llamaba Mme. Prevost, y era la proveedora de todas las damas verdaderamente elegantes: con exquisito buen gusto elegía el ramillete para baile, lo que significaba una declaración de amor, una cita, una señal, ó el que el novio regalaba todas las mañanas á su prometida.

Un día se supo con verdadero sentimiento la muerte de Mme. Prevost; y sus constantes abonados echaron de menos detrás del mostrador su rostro afable y su agradable sonrisa: una hija casada y un hijo continuaron al frente de la tienda, y siguieron complaciendo al público con el mismo esmero.

Durante treinta y cuatro años ha llamado la atención de los parroquianos matinales un precioso ramillete que todas las semanas, á las diez de la mañana del domingo, salía de la tienda de flores.

Un domingo de los últimos del pasado Junio, en vez del ramo, salió de la casa de Prevost una corona fúnebre para adornar la tumba del eminente crítico Jules Janin. El ramillete primero y luego la corona, eran un homenaje de la familia propietaria de la tienda al hombre de talento y de corazón.

Cuando murió Mme. Prevost, la florista del Palais-Royal, Jules Janin escribió un artículo necrológico con el ingenio peregrino que había debido al cielo; y los herederos, reconocidos, le obsequiaron durante treinta y cuatro años con el ramillete citado, y cual último tributo de gratitud colocaron en su tumba una corona.

Mr. Fremart, químico de Noutreuil, recomienda el siguiente método para conservar en excelente estado de frescura, durante más de quince días, las flores separadas de sus plantas.

Se disuelven cinco gramos de sal amoniaco en un litro de agua, y esta disolución se coloca en el jarro donde se ponen las flores: muchas señoras emplean con el mejor éxito este procedimiento, gracias al cual se prolonga por bastantes días la vida de esas graciosas é inocentes hijas de la naturaleza.

* *

Los campos de la industria imitarán en breve á los de la naturaleza, y las telas llegarán muy pronto esmaltadas de flores: ya he visto foulard de fondo blanco, sembrado de largas ramas de lilas, que parecen arrojadas, según su incierta profusión, por la mano de un niño: ya la batista de lana se ostenta sembrada de las graciosas hojas de las enredaderas y de las guirnalda de yedra, con campanillas azules y blancas: todo sonríe; el

(1) Señora Sinués de Marco.

cielo, el sol, la campiña y los rasgados y bellos ojos de las jóvenes; porque al sentir el tibio ambiente de la bella primavera todo cobra nueva vida, todo ama y todo espera!

¡Esperanza y amor! dulces palabras grabadas en la primera página del libro de la vida! ¡Por qué tantos os olvidan, y por qué el desaliento, como lava ardiente y destructora, invade á tantos corazones?

Mientras haya sol, brisa y flores; mientras el pensamiento pueda volar en santa libertad á las regiones de lo infinito; mientras haya desgraciados á quienes amar y socorrer, nadie, y ménos la mujer, debe llamarse desgraciado.

—¡Amad!—dice Alejandro Dumas, hijo;—¡amad, no importa á quién: no importa qué: amad, y estais salvados!

Vosotras, mis jóvenes lectoras, teneis en vuestras delicadas manos el hilo de vuestra dicha. Un hombre grande, virtuoso, ilustre por su talento y por su piedad, el gran Bossuet, ha dicho:

—Toda mujer amable, es amada.

Y en la oración fúnebre de Enriqueta de Inglaterra, esposa del duque de Orleans, añade:

—¡Era adorada, porque era adorable!

Sed, pues, buenas, amables, bondadosas; perdonad, olvidad los agravios, escusad siempre, que esto hace bien al alma: sed agradables por todos los medios posibles: haceos precisas, indispensables á la dicha, al bienestar, al sosiego de los vuestros, y vereis como dando la dicha, la obtendreis también; porque el egoismo es una rama seca y estéril que nadie quiere mirar.

No creais que es el lujo lo que os ha de hacer más bonitas ó más atractivas: un vestido de foulard listado de gris y azul ó de gris y rosa, basta para ataviaros con una elegancia suprema: este vestido, de hechura princesa, debe llevar una tabla desde el escote hasta el borde, en la espalda, y esta tabla se adorna con lazos de terciopelo negro ó del color de las listas del vestido.

De la misma hechura son los trajes de casa: la bata está en una gran decadencia; por la mañana se lleva enagua de color y peinador holgado de la misma tela: estas dos prendas se guarnecen con un volante al borde fruncido muy sobriamente y terminado por una cabecilla; las mangas son anchas y llevan una vuelta sencillamente guarnecida de un biés.

Desde las dos de la tarde, las damas verdaderamente distinguidas se ponen ya el traje de hechura sotana ó princesa, que es también la forma usada por la noche: la diferencia consiste en que los de casa se adornan en todo lo largo de la tabla de detrás con botones grandes, en vez de los lazos que se llevan por las noches.

Muy contados son ya los vestidos que se hacen de dos faldas; la clase de dibujos que ahora traen las telas lo hace además de todo punto imposible, porque son listas ó flores sueltas; para baile también ha caído esta forma por completo; y el adorno reside todo en las delanteras y en el borde de los vestidos, hasta la altura lo más de media vara.

Algunos sombreros vienen con bridas, y si estuviéramos próximos al invierno, se podría asegurar que esta innovación ó adición reinaria en absoluto, no solo porque preserva del frío algún tanto, sino porque presta mucha gracia al semblante; pero hallándonos más cerca de la estación de los calores, creo que se pueden admitir las bridas solo como anuncio para el invierno próximo, continuando por ahora los sombreros sin otra sujeción que la invisible de la goma. Después del sombrero, lo más elegante como tocado son las mantillas de blonda de dibujo antiguo.

LA CONDESA DE VALFLORES.

Soluciones á las charadas insertas en el núm. 13 de EL CORREO correspondiente al 2 de Abril, por las señoras Doña Rosario Bepacho, de Toledo; Doña Justa Fallon, de Sevilla; Doña Paulina García, de Zaragoza; Doña Francisca Rius, de Valencia; Doña Polonia Orozco, de Toro; Doña Jimena Sanchez, de Salamanca; Doña Obdulia Perez Cueto, de Sangüesa; Doña Antonia Pita, de Cádiz; Doña Ulpiana Meneses, de Alicante; Doña Amparo Volant de Cárdenas, de Mangiron; el Sr. D. Ramon Galan y Moreno, de Torrijos, y la siguiente en verso:

Aunque Amadeo ama á Deo

Deo le debe de olvidar,

Que el pobrecillo ha de estar

Sin un cuarto, según creo.

Pero aunque es pobre y es feo,

Aun de malísima gana

Diz que se marcha á la Habana,

A ver si prueba fortuna

Y puede atrapar alguna

Rica y bella Americana.

ELOISA D. S. S.

Madrid 2 Abril 1875.

VARIEDADES.

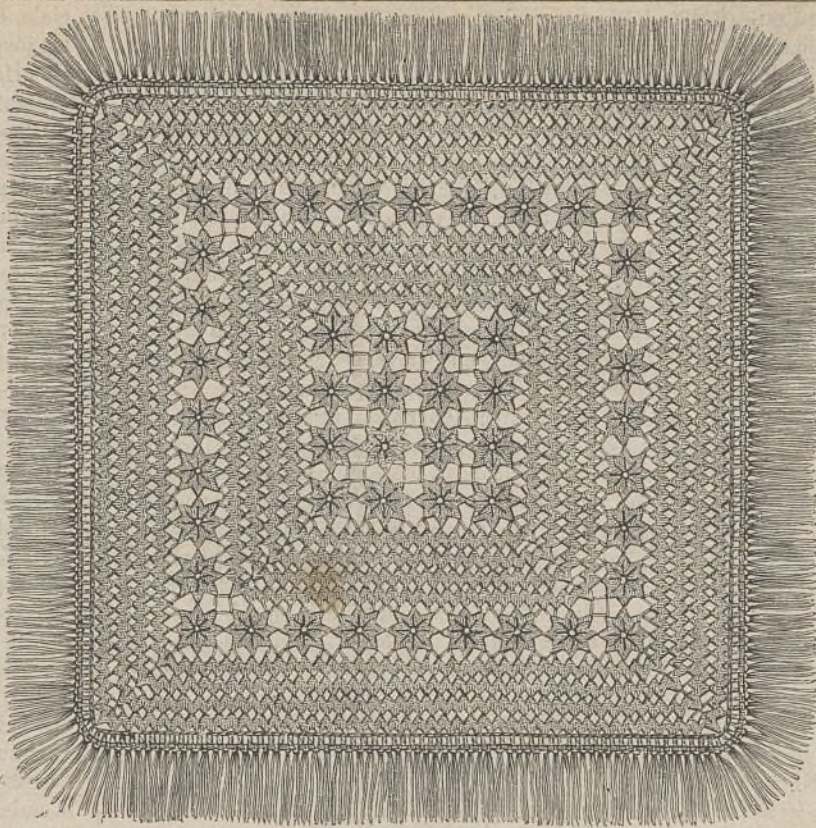
Hace algunas noches tuvimos el gusto de admirar de nuevo á la joven artista que lleva por pseudónimo el nombre de *Esmeralda Cervantes*. Los amables Sres. de Pelletan reunieron en su casa á sus amigos de más confianza, entre los cuales se dejó oír la admirable arpista de la cámara de S. M. la reina Isabel, recibiendo el sincero tributo de continuos y entusiastas aplausos. No para todos los concurrentes la señorita Cerdá era desconocida hasta ayer.

La bella señora marquesa del Pazo de la Merced, la espiritual María Salamanca, allí presentes, recordaron con efusión aquellos días de la emigración de nuestra familia real, en que la colonia española que acompañaba á la reina Isabel animaba á esta augusta señora, entristecida por las desgracias de la patria, con las consoladoras expansiones de una adhesión fidelísima y con las inspiraciones melancólicas del arte, interpretadas al arpa por la angelical Clotilde.

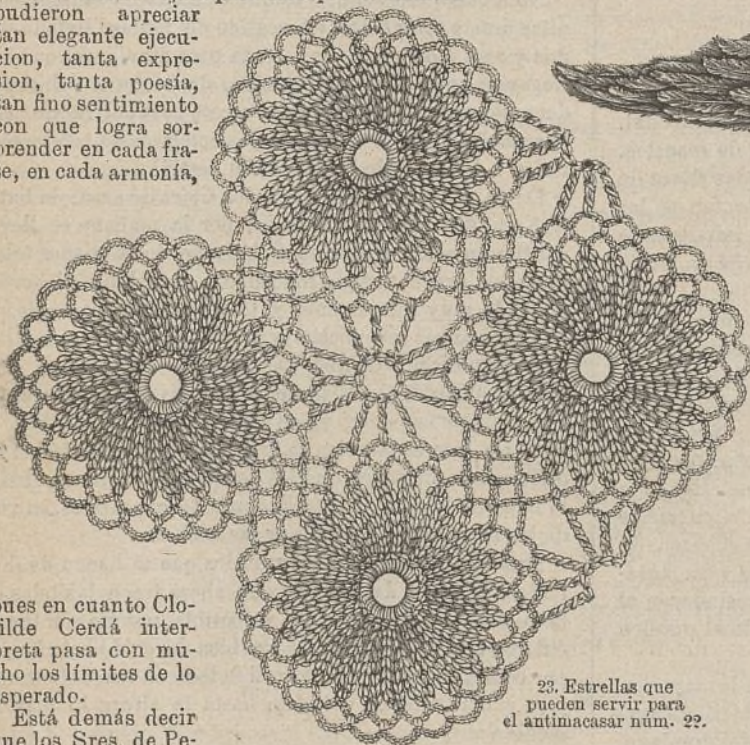
Con religioso silencio y honda emoción fueron anoche oídas todas las piezas que ejecutó de una manera sorprendente: *La Melancolía*, de Godfroid, la balada de *Martha*, la plegaria del *Moisés*, la *Invocación á la paz*, obra preciosa de la misma artista, y otras bellas producciones del arte por excelencia. Gratísimo recuerdo dejará para siempre en cuantos pudieron apreciar tan elegante ejecución, tanta expresión, tanta poesía, tan fino sentimiento con que logra sorprender en cada frase, en cada armonía,



18. Estuche de costura.



22. Antimacasar de trencilla. (Véanse los núms. 23 y 24).



23. Estrellas que pueden servir para el antimacasar núm. 22.



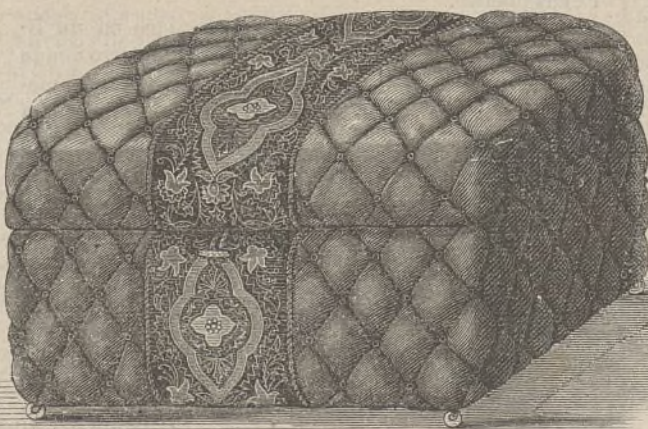
21. Plumero con mango bordado.



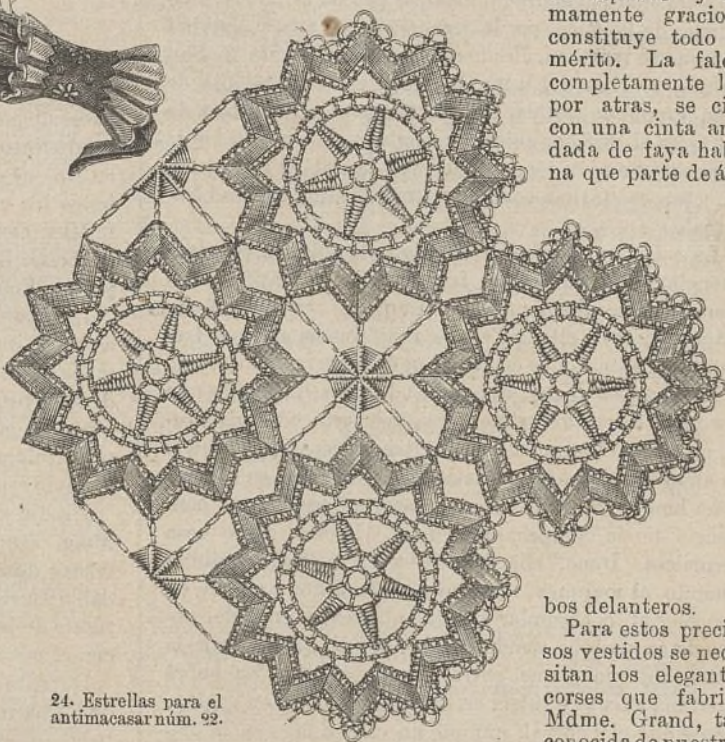
20. Estuche. (Véase el núm. 19).



25. Canastilla para los cubiertos. (Véase el núm. 8).



28. Pouf en forma de caja. (Véase el núm. 17).



24. Estrellas para el antimacasar núm. 22.

buenos resultados que da toda la obra que sale de sus acreditados talleres.

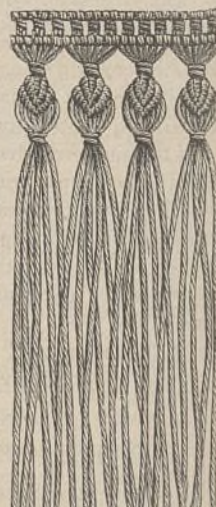
LA UNIVERSAL.

PELUQUERÍA Y PERFUMERÍA, PLAZUELA DE SANTA ANA, NÚMERO 15
TRES TIENDAS.

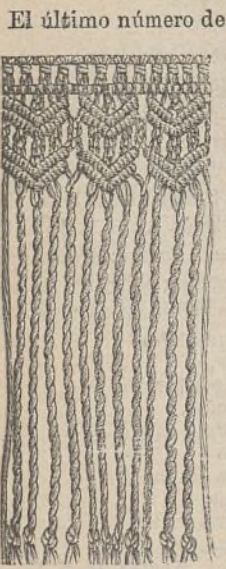
En este acreditado establecimiento acaba de recibirse un magnífico surtido tanto de peinados de todas clases como de objetos de perfumería, comprendido lo más selecto de las fábricas de París y Londres. Difícilmente se hallarán en otra parte mejores tintes para el cabello ni esencias más delicadas.

BLANCO CERA
DE MATILDE DIEZ.

El inventor, que es farmacéutico, ha resuelto el más difícil de los problemas, esto es, conservar al cutis la frescura y la juventud hasta una edad avanzadísima contra los estragos del tiempo. Evita la formación de las arrugas, quita las manchas, pecas, barros y espinillas. Quince años hace que lo está usando la eminente actriz. Se vende á 30 rs. cada frasco.



27. Fleco anudado.



26. Fleco anudado.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª Edición, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO.

Administración: Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip de G. Estrada, C.ª, Dr. Fourquet (antes Yedra 7).

Editor-propietario: Carlos Grassi.

Ayuntamiento de Madrid

trictamente necesario para no morir de hambre, contaba todos los días las lentejas una á una para ponerlas en el puchero.

Divirtiéndose así en contar sus lentejas, se olvidó de ocuparse de sus negocios y sufrió considerables pérdidas. Mientras se ocupaba en el vano y tacaño cálculo de sus lentejas, su criado le robaba poco á poco más de un saco de trigo. Por fin, aquel hombre rico murió pobre.

Explicacion del Figurin. 1165.



19. Estuche para bolsillo. (Véase el núm. 20).

FIG. 1.ª—Traje de corte, baile, comida ó teatro.—Vestido liso y de inmensa cola, de terciopelo negro. Un ancho volante de

muselina blanca plegada se pega por dentro al falso y sobresale un poco de la falda. Túnica de gasa ó encaje blanco adornada con ancho volante de encaje y recogida con camelias blancas. Cuerpo-coraza de terciopelo negro con fichú y adorno en las mangas de encaje blanco. Camelia blanca en el peinado.

Este traje puede copiarse en faya ó gro imperial, con la misma túnica de encaje blanco ó bien de encaje negro, con camelias encarnadas.

FIG. 2.ª—Traje de primavera.—Vestido de faya de dos tonos habana. Las jaretitas, los volantes y los plegados dispuestos de un modo especial y sumamente gracioso, constituye todo su mérito. La falda, completamente lisa por atrás, se ciñe con una cinta anudada de faya habana que parte de am-

bos delanteros.

Para estos preciosos vestidos se necesitan los elegantes corsés que fabrica Mme. Grand, tan conocida de nuestras suscriptoras por los

buenos resultados que da toda la obra que sale de sus acreditados talleres.

Para estos preciosos vestidos se necesitan los elegantes corsés que fabrica Mme. Grand, tan conocida de nuestras suscriptoras por los

buenos resultados que da toda la obra que sale de sus acreditados talleres.

Para estos preciosos vestidos se necesitan los elegantes corsés que fabrica Mme. Grand, tan conocida de nuestras suscriptoras por los

buenos resultados que da toda la obra que sale de sus acreditados talleres.

Para estos preciosos vestidos se necesitan los elegantes corsés que fabrica Mme. Grand, tan conocida de nuestras suscriptoras por los

buenos resultados que da toda la obra que sale de sus acreditados talleres.

Para estos preciosos vestidos se necesitan los elegantes corsés que fabrica Mme. Grand, tan conocida de nuestras suscriptoras por los

buenos resultados que da toda la obra que sale de sus acreditados talleres.

Para estos preciosos vestidos se necesitan los elegantes corsés que fabrica Mme. Grand, tan conocida de nuestras suscriptoras por los

buenos resultados que da toda la obra que sale de sus acreditados talleres.

Para estos preciosos vestidos se necesitan los elegantes corsés que fabrica Mme. Grand, tan conocida de nuestras suscriptoras por los

buenos resultados que da toda la obra que sale de sus acreditados talleres.

Para estos preciosos vestidos se necesitan los elegantes corsés que fabrica Mme. Grand, tan conocida de nuestras suscriptoras por los

buenos resultados que da toda la obra que sale de sus acreditados talleres.

Para estos preciosos vestidos se necesitan los elegantes corsés que fabrica Mme. Grand, tan conocida de nuestras suscriptoras por los

buenos resultados que da toda la obra que sale de sus acreditados talleres.

Para estos preciosos vestidos se necesitan los elegantes corsés que fabrica Mme. Grand, tan conocida de nuestras suscriptoras por los

buenos resultados que da toda la obra que sale de sus acreditados talleres.

Para estos preciosos vestidos se necesitan los elegantes corsés que fabrica Mme. Grand, tan conocida de nuestras suscriptoras por los

buenos resultados que da toda la obra que sale de sus acreditados talleres.